

Movimiento del anarquismo positivo para la cultura de la revolución creativa desde el Mediterráneo colaborativo

El vivir para los otros

Seguramente mi abuelo era anarquista en la fábrica de tejidos donde trabajaba, pero de estas cosas no se hablaba en casa. Ni durante mi juventud en lugar alguno. Existía la CNT, allá en Barcelona, en algún lugar. No conocía las siglas. Mi primer contacto con el anarquismo fue entre el equipo de *Ajoblanco*, la revista para la vida cotidiana otra en los primeros setenta, en una Barcelona descaradamente antifranquista y ya en procesos para la democracia, especialmente desde la cultura. Nosotros queríamos una vida en democracia muy diferente a los de los incipientes partidos que nos miraban mal. Algunos amigos estaban en el anarquismo muy despertante y nada dócil. En la revista constaté con ímpetu que mi mar de fondo es anarquista: siempre he estado al lado de la libertad, la colaboración, la creatividad, la gente diversa y contra todas las normas y reglamentos asfixiantes. Desde niño soy así de raro. Y me gusta. Demasiados me han mirado de reojo o solo soportado. Son más paradidos. Lo interesante es la diversidad.

Desde joven, además, la cultura es mi patria y las artes mi respiración. Lo intuí en el mayo del 68 parisino que quedó impreso en mi sensibilidad: la rebelión de los jóvenes en las calles y plazas para otra vida aseguraba que ésta estaba bajo los adoquines. Dani el Rojo me impresionó. En la España franquista de entonces no circulaba mucha información, pero la que pesqué me ha marcado. Intuí que la cultura era liberación creativa y desde la multitud colaborativa apasionada en movimiento. Y que los jóvenes siempre son futuro.

Después, en los ochenta y con años en Barcelona, con la irrupción de la cultura como espectáculo, mis amigos, grandes gestores de espléndidos equipamientos con firma de arquitectos en la ciudad, me declaran hereje porque no estoy junto a los artistas divinos y los gestores y políticos culturales, preocupadísimos por su imagen y en aparecer en los medios de comunicación, constantemente interesados por lo más y lo más grande. Ando convencido y apasionado junto a los ciudadanos de los barrios, junto a pequeños grupos muy innovadores, proponiendo valores cívicos indispensables para el vivir y el convivir en la ciudad desde sus barrios y sus gentes anónimas. Me va la creatividad para la cotidianidad. Con este talante trabajé más de 30 años en transformar Barcelona desde una marca de libertad, convivencia y creatividad en el motor de su ayuntamiento. No siempre fue fácil, pero siempre fue apasionante.

Cuando los indignados se sentaron en las plazas en otro mayo, el del 2011, tuve una revelación: iniciábamos una larga transformación con un movimiento ciudadano oscilante para otra cultura de la vida menos dominada.

Visitando la expo sobre *Ajoblanco* en Madrid, en mayo de 2014 – qué tiene este mes-, sé que esta cultura la facilita el anarquismo positivo mediterráneo, con una personalidad para lo procomún exuberante.

Sentado frente al Mediterráneo, veraneando un par de meses después, he trazado estas notas de urgencia y compromiso. Incompletas. Estimulantes. Para el hacer, crear y construir conjuntamente movimiento anarquista positivo. Me inspira un señor que me parece tan triste como sabio, Ciorán: *la creación es el primer acto de sabotaje*. Las ideas me alientan.

La inquietud de la esperanza ahora, en Europa, despunta desde el sur. Un sur regenerativo desde la increíble depredación con la que la austeridad norte nos ha maltratado. Estamos en un alargado punto de humillación. Debemos repensarnos,

reorganizarnos, reinventarnos. Desde el conocimiento más mediterráneo plural, desde la sensibilidad que ha empujado nuestras velas desde tiempos inmemoriales: una nueva y diferente – y no obstante histórica - cultura de liberación sur.

¿Cómo denominarla? Desafiadamente: anarquismo positivo o una cultura para los tiempos del vivir y el convivir con un sentido radicalmente otro del impuesto groseramente por el dictado neoliberal atroz. Frente a su continuado atropello totalitario, la respuesta del anarquismo positivo sur es, aparentemente, muy sencilla: *no, y proponemos*. Un *no* enérgico, con respiración profunda, de hasta aquí y no más. Y el *proponemos*, sonriente, seguro e invitativo está inundado de otros valores abiertos y jamás sometidos para pensar y diseñar otra vida personal y común entre iguales. Más: sabemos que hay otra democracia que crea y sostiene futuro colaborativo entre los ciudadanos que optan por la creatividad para estar siempre en igualdad desde las diferencias en la casa común de las ciudades, los pueblos, los países y el mundo. Y sabemos, además, como reorganizarla. El anarquismo positivo, pues, nos facilita hacer algo radicalmente nuevo desde una renovada y reinventada estructura de valores no simplemente otros: radicalmente humanos. Y empezar hacerlo en las ciudades sur, los del entorno del Mediterráneo: hemos de remar *juntos* porque ya estamos compartiendo un barco que hace aguas. No nos hundirán.

La primera gran e indispensable tarea del anarquismo positivo: combatir el sistema de valores norteamericano neoliberal, impuesto ya mundialmente por la escuela de Chicago, que opta por la economía como centro para la vida en nombre de *su* libertad, un error y un horror sin precedentes, reinventado desde China, en el otro extremo del control. Hacer y acumular dinero no es lo más interesante y único en la vida: el progreso material y la recompensa no son el valor que define la vida humana personal y común. La Fortuna, la diosa de la prosperidad clásica,

se ha transformado en la fortuna acumulada en los bancos, si pueden ser en países donde el dinero esté oculto, mejor. Los lobos no sólo han regresado trajeados de sector financiero: su voracidad no tiene precedentes en la historia humana. Y están en guerra santa talibán: quieren que nos comprendamos como bestias compuestas de banalidad y avaricia, incesantes adoradores de la Sagrada Economía Suya. Es denigrante. Han ganado, aparentemente, todas las últimas batallas desde los ochenta. No ganarán la guerra. Los bárbaros brutos, en la larga tradición de humanización, no prosperan.

Debemos convertir la cultura anarquista positiva en piedras de toque liberadoras para el empeño común de otra mentalidad, de otros valores y comportamientos. Debemos ser capaces de trazar y proponer un umbral de respuestas/apuestas otras. La vida es más que una sala de bingo siempre abierta.

La cultura anarquista positiva es libertad radical para la colaboración cívica responsable y creatividad para la igualdad y el avance compartido innovador.

Estoy en Madrid y palpita la primavera del 2014. Podemos, el partido surgido de los movimientos sociales, está liquidado el balanceo burocrático repetitivo entre los dos grandes partidos que han amañado la larga transición española. El viejo elefante rey Juan Carlos abdica. Y, antes que el bipartidismo naufrague directamente, nos colocan a su hijo Felipe como sucesor. Madrid está inquieta.

En el centro cultural Conde Duque, un gran cuartel sobrio y maravilloso en su arquitectura, se inaugura la expo *Ajoblanco*, la revista que cociné junto a Pepe Ribas quien me invitó a estar en el equipo, en los setenta desde Barcelona, capital de la cultura para la libertad. Impacta. El primer tramo de la expo dedicada a la revista de los años setenta reproduce, por grandes temas y en grandes paneles, la innovación que introducimos en la vida cotidiana del país: fue mi vida, sexo incluido. Después reapareció

en los ochenta, más cultural. En la de los setenta, después de enamorarnos de la contracultura, descubrimos el anarquismo barcelonés. Tachado. Ocultado. Nos sumergimos en él cuando Fraga cerró la revista por el escándalo que montamos al meternos con las intocables Fallas de Valencia, orgía mediterránea por antonomasia. Convivimos tres meses el equipo base de la revista en una Menorca todavía no inundada por barceloneses *chic*, buscando espacios para experiencias de naturaleza intocada. Un libro sobre Durruti y sus colectividades en Aragón nos mantuvo en un debate excitado durante mucho tiempo.

Lo lógico es que la expo se montara en Barcelona, pero la ciudad no está en su mejor momento de libertad creativa y colaborativa. Un enjambre variopinto de mediocres de medio pelo y mucho falso postín han ocupado los espacios de gobierno/poder público y, si no eres de los suyos, te niegan el pan. Vergonzoso. Los que lideran la cultura pública en la ciudad y el país nos tienen tachados desde los setenta: nunca nos han perdonado nuestro atrevimiento innovador. Ha tenido que ser el PP del gobierno de Madrid quien la proponga y monte. Además, con absoluta libertad. Inaudito. No vamos bien. La Barcelona de la libertad creativa y colaborativa fue. ¿Regresará? Lo hará desde el anarquismo propositivo que jubilará a los idiotas de sus tronos de poder que creen finca personal.

Pepe inaugura, en el marco de la expo, unas jornadas de debate para repensar temas muy *Ajoblanco* para estar en el fascinante hoy desordenado. Dos días después le sigo con un título que me propuso: *La recuperación del arte, la vitalidad y la rebeldía desde Ajoblanco*, que yo concreté en *O la cultura que libera la vida cotidiana desde la creatividad colaborativa*. Voy a contar, les digo a los que asisten a la conferencia – más de los esperados – cómo *Ajoblanco* me marcó, abriéndome todavía más a una cotidianidad poética. A mí y a una multitud.

Mientras narro lo pensado, que presento con mi escritura manuscrita y dibujos a lápiz en una gran pantalla, noto que renace en mí la firme decisión de repensar el anarquismo. ¿Cómo? ¿Cuándo? Siento un reenamoramiento.

Planteo, de entrada, que nos paremos en el retrofuturo que *Ajoblanco* sugiere desde la exposición para sabernos metidos en la que nos han empujado y – no seamos cínicos – hemos navegado mayormente obedientes: estamos esclavizados por la diosa dinero, opípara divinidad que a los sin escrúpulos éticos les ha permitido durante las épocas de vacas gordas robar, corromper, abusar, engañar..., filigranas que, felizmente, se van a la mierda en el 2008 por la malversación y chulismo de bancos y demás mafia financiera, muy bien servida por un sector público cautivo y una multitud de ciudadanos felices desde el dinero fácil. De repente, San-Se-Acabó, mártir. Y nuevo reinado de Santa-Austeridad-Impuesta, jamás virgen, para pagar con dinero público el salvajismo del 1% de la población ladrona, con las manos manchadas de sangre. De terror. Sin plata y vacíos: decepcionados. Lo segundo es peor.

¿Cómo saldremos de ésta? Como siempre: desde otra cultura para la liberación desobediente. Que *Ajoblanco* profetizó y practicó en su primera editorial intempestiva del 74 cuando teníamos unas ciudades y un país por reconstruir: *no queremos una cultura de imbecilistas. Estamos hartos de divinidades, sacerdotes y élites industrial-culturalistas. Queremos intervenir, provocar, facilitar y usar una cultura creativa. Porque nos colocamos fuera de los cenáculos de los grandes iniciados en el juego y el rito del pasarse la pelota cultural. Porque nosotros también hemos oído el despertar joven de la nueva cultura que trazó en el aire William Blake.* Recuerdo cuando, eufórico y muy joven, escribí el texto de la primera editorial en una servilleta de un bar, que luego consensuamos y mejoramos con el equipo de redacción. Era mi confianza. Y continúa.

¿Este augurio que concretamos, cómo deberíamos reinventarlo ahora con desparpajo apasionante? Necesitamos una cultura que recupere y reinvente dos valores indispensables para la actual gran transformación/desorden en que estamos y que fueron los raíles que conducían el tren, con ruedas de segunda mano y vagones con palpitante humanidad, en *Ajoblanco*: colaboración para la igualdad común desde todas las diferencias y creatividad innovadora para el avance compartido proactivo.

Estos dos valores complementarios, ying/yang para otro presente y futuro, debemos acompañarlos con un relato desafiante muy *neo-Ajo* liberador, que proponga: *el 1% crítico debemos movilizar el 99% dormido desde la cultura de la colaboración creativa para enfrentarnos al otro 1% que dirige el brutal sistema financiero bárbaro que con los 10.000 aforados políticos tienen secuestrada nuestra democracia. ¿Imposible?* En los setenta llegamos a una multitud. Fuimos una epidemia de libertad imaginativa sin fronteras que puso muy nerviosos a los dogmáticos de los partidos anhelantes del poder, muchos compañeros de universidad y causas varias. Un poder mucho más viciado actualmente por la jerarquía casposa y el mando y ordeno prepotente: no precisamente para facilitar una vida común emocionante, interrelacional, compartida, energética... escrita con prosa ciudadana inteligente y desde la igualdad.

Aquellos partidos marxistas y socialistas clandestinos nos boicotearon insaciablemente cuando propusimos reinventar el anarquismo mediterráneo. Ingenuos, nos atrevimos a desenterrar lo oculto, lo que jamás debe regresar. Algo intuimos: las tremendas heridas de la Guerra Civil entre hermanos, nunca cicatrizadas, podrían regresar a la luz pública. Creo que muchos confundieron nuestro anarquismo positivo con el fantasma siniestro de la FAI. ¿Mala fe? ¿Desinformación? No nos acobardamos. Pero, seguro, nos faltaba información: a los viejos anarquistas la guerra incivil los dejó desactivados y llenos de resquemores entre ellos. A mí, personalmente, todo lo que olía a C.N.T., el sindicato anarquista, me importaba un bledo. Pero me

inquietaba el fondo cultural del anarquismo mediterráneo que derivó, tristemente, en violencia. El anarquismo, en estos años, yo lo experimente como vida presente y futura religado con una tradición que intuía desde una información deficiente. Me bastaba.

Respiro.

Para nosotros, los de la estirpe *Ajoblanco*, la cultura era, es y seguirá si no nos arrugamos, un movimiento que aporta sentido común desde valores éticos reinventados, columna de fuerza en la noche inquieta, lo que rompe la indiferencia monótona irresponsable, aquello que evita el cierre y la energía que *cambia la vida*, como reza el último verso de Rilke en su poema *Sobre el torso desnudo de Apolo*. Aparece dibujado.

Estábamos aquí. Y bajábamos todo esto, que suena demasiado bello, a experiencias imprescindibles para la salida del cutre franquismo y potenciar esperanza en la democracia en los setenta: inauguramos la ecología y el feminismo en nuestro país, optamos por la comida sana y la vida en común, pusimos la clandestinidad de los sexos entre iguales en la cotidianidad vivencial, estuvimos con los que apuestan por la educación desde la libertad y los aprendizajes colaborativos, forzamos abrir los psiquiátricos infectos, descubrimos las drogas viajando al oriente de la iluminación, impulsamos las fiestas populares como espacios de encuentro abiertos, optamos para que las artes estuvieran en las calles y la vida, andábamos junto a los débiles para alcanzar una igualdad imprescindible, queríamos la democracia directa y no groseramente representativa, facilitamos que los que escriben pudieran ser leídos, estábamos siempre publicando manifiestos para abrir ventanas y despertar, y estuvimos con muchos creativos para la acción con un estilo que continúa siendo vigoroso y necesario, porque es espléndidamente horizontal, muy colaborativo y creativo, desde equipos que arriesgan propuestas. Así, muchas de las innovaciones y apuestas que hicimos venían del poner en

contacto jóvenes que nos hacían sugerencias y les apetecía experiencia de acción directa. Del contacto salían equipos de trabajo que publicaban notas, manifiestos y artículos. A menudo desenvolvaban en un dossier temático impactante. Algunos equipos nos propusieron crear, con *Ajoblanco*, otras revistas. Así apareció *Alfalfa*, la primera revista ecológica, *Xiana*, la primera feminista, y *La Bañera*, la literaria desafiante. Cuando ves la expo – todo esto está – te das cuenta hasta dónde puede llegar un equipo que moviliza, propone, implica generosamente, le importan las ideas no trilladas y es amablemente radical. Y con poca plata y mucho entusiasmo creativo y colaborativo.

Logramos mucho. Pero llegaron los ochenta con la contrareforma orquestrada por una pareja de bandidos: Thatcher y Regan. Jack Lang, en la Francia del faraón Mitterrand, pone a los artistas raros en el centro de su estrenado ministerio de la cultura, tremendamente burocrático, para que con brochazos informales y guitarras eléctricas le quiten la caspa. Lo que fue un gesto de sanación, sus acólitos numerosísimos, sus fans lo convirtieron en una religión: los artistas contemporáneos y sus cosas extravagantes pasan a formar parte del corazón de la cultura, manejada por el nuevo sacerdocio de los gestores culturales, con despachos enmoquetados y la economía como gran – y único – principio. Y el espectáculo como horizonte trepidante: convirtieron la cultura en la banda sonora y ritual del neoliberalismo salvaje que inspiraron la pareja siniestra. Peor imposible. Casi todos aplaudieron a rabiar. A mí me declararon pronto hereje infame por oler a gente anónima.

Con ellos aparece la constelación vacía de los mastodontes equipamientos de relumbrón, con sus extravagancias firmadas para museos, auditorios..., a gloria boato del político y del partido de turno. La cultura, en concubinato esperpéntico con el neoliberalismo rampante, se convierte en un contínuum de diversión desactivada con la pronta aparición del engendro de las industrias culturales idiotas, puro escaparate para el no pensar y la pasividad. Soy testigo privilegiado.

Hasta que en el 2008 empiezan las lágrimas de cocodrilo por derrumbe: la grasa economía se agota en el reinado cultural que, los que lo manoseaban, creían, estúpidos, elitistas y mediáticos, que no tendría fin. Se creieron dioses de un olímpo para el glamour.

En este derrumbe merecido aparece la primavera de los movimientos sociales para otra cultura. Muchos les parecieron un resfriado de temporada: felizmente están aquí para quedarse. Su oportunidad: provocar un efecto shock apasionante, social, económico y, básicamente, cultural en el tiempo de la vulnerabilidad, el desorden y la gran transformación, desde una constelación pluralísima de grupos creativos y colaborativos en las plazas de nuestras ciudades que sacuden, apasionadamente, la conciencia de una inmensa multitud de ciudadanos. ¡Bienvenidos!

Y aciertan: su disparo es unánime al corazón podrido del sector financiero delictivo y al estómago de los partidos paquidérmicos y corruptos, sus servidores automáticos, haciendo posible el milagro del retorno de la cultura civil, que será largo y complejo, hasta que se dote de una plural red de organizaciones civiles de base para el advenimiento de otra cultura para otro estilo de vida común. Ya es. Termina de empezar.

Ahora estamos en los fascinantes tiempos del *co* ciudadano: copensar, codecidir, cogestionar, colaborar, comunicarnos... Después del gran yo en los noventa, puro egoísmo narcisista y a menudo depredador, estamos inaugurando los tiempos de lo común: de la cultura procomún para las cosas de todos y con todos colaborativa y creativamente.

¿Qué hacer pues? No quiero dejar mi pensamiento en el aire, en la enhorabuena del regreso civil o de lo público diferente. Trazo diez apuntes para la acción inmediata, cotidiana, entre otros posibles:

- Liberemos espacios para la cultura del encuentro y la creatividad

- Creemos grupos para las artes y las ideas en libertad transformadora
- Seamos movilizados incansables y apasionados en nuestras vidas desde emociones y actitudes muy otras
- Estemos en red, y en red de redes, con voz propia y compartida
- Estemos en la cultura de los barrios, que no es una cultura en minúsculas
- Boicoteemos la cultura hipercomercial, especialmente la que promociona violencias
- Lleguemos a multitudes
- Saltémonos reglas obtusas: desobediencia perpetua a lo que somete
- Démonos prisa con paciencia
- Y, si nos equivocamos, volvamos a empezar, ágiles.

¿Un común denominador? Impulsemos cultura no utilitaria para provocar cambios nucleares, desde un anarquismo positivo audaz, reinventado desde la fermentación horizontal de la libertad, la colaboración para la igualdad, la libertad innovadora, la corresponsabilidad y el desparpajo, para volver a empezar otra vez, porque la socialdemocracia y el estado del bienestar que han sido el motor de la civilización después de la Segunda Guerra Mundial en Europa y el mundo, ya no dan más de sí. Y el autoritarismo financiero rampante es una epidemia con guante de seda y puño de hierro frente al que debemos posicionarnos otramamente, desde diferentes sentidos/experiencias, para inventar algo nuevo cotidiano y no sometido. Más:desafiante.Como hicimos en el *Ajoblanco* de los setenta.

No podemos, de ninguna manera, quedarnos en los reproches de los profetas negativos. Tal vez – es mi opinión, muy personal – deberíamos empezar a transformar pueblos y ciudades, presentándonos a elecciones, especialmente las municipales, como organizaciones civiles que ya no se organizan como partidos sino como una red de coordinación y cooperación para lo común. Muchos y muchas debemos pasar del movimiento a la

(R)evolución para otra cotidianidad colaborativa y creacional.
Movilicémonos: (R)evolucionémonos con pasión.

Impulsemos siempre y en todo lo que hagamos y desde donde estemos, cultura desde el anarquismo positivo que es erótico, deseante y deseado.

- Olvidémonos de la gravedad oficializada del antiguo anarquismo.

- Y olvidémonos, muy especialmente, de su violencia en la guerra incivil entre hermanos.

- Ahora es tiempo de un anarquismo creativo, concreto, con valor ético muy galopante.

- Reinventémoslo desde el eros de la democracia más colaborativa y creativa.

Tengamos presente que la cultura es movimiento vital continuo desde valores cívicos que facilitan sentido a la vida personal y común: la cultura siempre apuesta por el proceso de transformación.

Estoy convencido que el valor de la autorresponsabilidad tan propia del anarquismo hoy debe ir acompañada de la creatividad colaborativa, que pide suma desde todas las diferencias cívicas.

Y ya estoy en el final, recomendando libros propios y ajenos, compartiendo mi web.

He intentado no pasarme del tiempo marcado. Aplauden. Algunos se acercan: viejos amigos, muchos. Y algunos muchachos del Madrid Plaza del Sol Indignada. Walter me pide si le paso la conferencia. Es el hijo mulato de una amiga mía cubana con casa en Madrid. Estudia ciencias políticas. Ya fuera, en la calle, me da su e-mail y me susurra en la oreja: *espero tu conferencia, bandido*.

Tardo un tiempo. Viajo a Cartagena. Después a México, a Mazatlán. Aquí, en un hotelazo de vacaciones años sesenta, frente al Pacífico, redacto estas notas que pasé en esquema, salpicadas con grandes y furiosos dibujos a lápiz. Me gusta a que los que están en mis conferencias o seminarios sacudirlos desde

garabatos muy emocionales. Al llegar a Barcelona conecto con Walter. Le envío la conferencia.

Dos días después no sólo me envía un e-mail entusiasta: me desafía a continuar el relato durante todo el verano a través de enviarle un e-mail cada día. *Mi mamá me dice que así continuarás pensando.* Es un desafío. Y me gusta.

Instalado frente al Mediterráneo, cada mañana, antes de desayunar, le envío un e-mail. Quedamos que no hay contestación. Que concluido el verano nos encontramos en Madrid, al cierre de la exposición, en septiembre, y me invita a cenar. *Sin mamá, que habla mucho: ¡tú sabes!*

Junio, el de los anocheceres largos

Cumplo lo prometido desde el primer día de un verano climatológicamente tonto.

El anarquismo positivo es liberación, en primer lugar. Y liberación en concreto: pobreza y desigualdad, abusos y violencias, sometimiento financiero y maltrato gubernamental nos repugnan. Es un mensaje de liberación no violenta. Fraternal: siempre junto a los otros diferentes y orillados. Es un mensaje de esperanza: gozoso.

La desobediencia marca nuestra cultura desde la manzana del paraíso: optamos, seguros, por el conocimiento, por compartir inteligencia. No nos tentaron: sabíamos que la sabiduría es cosa de no dominación. Después, los de siempre, han montado sus historias para asustarnos.

La liberación colaborativa crea otras ideas y maneras de entender la vida, la ciudad y el mundo, muy otras del actual orden establecido: entra en conflicto con el stablishment, siempre monótono, repetitivo, jerárquico, represor y ahora aberrantemente economicista. El anarquismo positivo es revolucionario. Deberíamos, los de la cultura, empezar a hablar de una cultura otra, desde el anarquismo que revoluciona otra

vida. A muchos se les pondrán los pelos de punta: que vayan al peluquero y se los corte.

Como cultura para la vida en común, el movimiento para el anarquismo positivo olvida las artes, tan importantes en el neoliberalismo del espectáculo: vienen después. Y pone el foco en el mundo desordenado a conciencia por las mafias financieras hipócritas y los paquidermos de los partidos sirvientes. El mundo en transformación es lo nuclear, lo importante: los ciudadanos plurales, grandes olvidados de la cultura/espectáculo y el comercio/clientes, van primero. Ya basta de codicia, de opresión, de olvidos, de miserabilismos, de pobreza, de asalto a la democracia para desactivarla: todas estas crueldades torturan a los ciudadanos. Es hora de levantar la voz. Con magnetofón. Es hora de movilizarnos enérgicamente. Es hora de las artes con sentido que muestren, aviven, interroguen...todo esto. Artes propositivas. Desde la ética-en-común.

Los que nos gusta y nos llena, le otorgamos presente y futuro, debemos seguir sus impulsos incondicionalmente con compromiso y sin concesiones. El anarquismo positivo es vida en directo. Jamás ideología, doctrina, discurso o perorata.

¿Demasiado directo, Walter? Prefiero mandarte cada día una píldora homeopática anarco: léala y deja que te alimente suavemente. Verás que muchas de las ideas que te iré escribiendo son aparentemente inofensivas, pero calan y te sentirás revuelto, perspicaz, batallador, polémico, lleno de fuego. Irás cuestionando el sistema en la medida que desde su inspiración construyas otra vida. Ya me contarás: este es nuestro pacto. El anarquismo positivo, tenlo por seguro, inspira otro futuro personal y común.

Hay que esperar sin violencia. Hay que optar por el diálogo y los pactos para el cambio, la transmutación. Hemos de buscar justicia donde ahora anida el poder. Con violencia y contraviolencia no hay liberación: se ahonda en la catástrofe.

El movimiento para la cultura desde el anarquismo positivo debe curar las heridas de nuestras ciudades y mundo más que abrirlas, extremarlas, llevarlas a la cangrena. Un pasado anarquismo militante dice: *cuando peor, mejor*. Esto es inhumano. Siembra cizaña para la lucha armada. Es, simple y rotundamente, barbarie. El anarquismo positivo jamás es venganza, fuerza bruta, odio. Jamás opta por la dominación. Jamás se inspira en lo malo.

El anarquismo positivo se siente de la familia íntima de Gandhi y Luther King, dos abuelos a tener muy presente y de los que aprender. ¿Durruti? Me gusta su utopía y me siento intrigado por las experiencias en las colectividades de Aragón. Me desagradan los métodos para concretarla. Debemos aprender de nuestros abuelos a ser extremadamente radicales: afrontar los problemas de raíz, pero con corresponsabilidad manifiesta. Y, de Durruti, la intepidez del desfío experimentado. Lo de Aragón está en el desván de la memoria. ¿Quién lo desempolvará?

Nuestra revolución radical implica la intimidad de cada ciudadano, el común de la ciudad y el mundo global para cambiar mentalidades egoístas, abandonar injusticias, falsedades, discordias para imponerse... Necesitamos otra conciencia, un pensar nuevo, una escala de valores distinta. Urgimos libertad interior para la colaboración común sin fronteras.

Perdona la nota de este final de mes. No sé si las píldoras matinales las esperas con atención. Quiero informarte de que con las que llevo escritas estoy cogiendo pasión para que llegue las mañanas maravillosas frente al mar y, antes de salir a andar un rato largo por la playa, escribirte. Anarquismo es deseo por compartir creativamente.

Julio, el verano creciente

La cultura desde el anarquismo positivo y liberador siempre busca el diálogo. Con los adversarios, más. No los criminaliza ni

los convierte en enemigos a abatir. ¿Y si desterráramos de nuestra civilización el mal gusto de la humillación y la derrota? En el diálogo todos debemos ganar. Y cuando perdamos, la catarsis es buena para resituar las cosas. Y volver a empezar. Convirtámonos en dialogantes colaborativos para crear otras oportunidades y posibilidades. Es la exigencia indispensable: las ciudades y las vidas se construyen, reconstruyen y sostienen desde una plural conversación incesante entre iguales/diferentes.

Un amigo me insinuó ayer en la cena que de los tres grandes valores que nos regaló la Ilustración y consagró la Revolución Francesa, dos los hemos experimentado diferentemente, pero ambos debemos conservarlos en el frigorífico. Los tres valores que han marcado estos larguísimos años son la libertad, la igualdad y la fraternidad. La libertad ha sido la piedra angular de la revolución burguesa y el liberalismo capitalista que terminó en el crack del 2008: sus postulados, que tienen la imagen más engañosa en la mano invisible, se hundieron estrepitosamente. Sabemos ahora cuál es esta mano: el puto robo. Hoy el capitalismo financiero es estrictamente extractivo: delincuente. La igualdad la ensayó, diferentemente, el comunismo soviético que llegó a la aberración sanguinaria con Stalin, las variaciones de otros comunismos asiáticos o el cubano. Mal sabor y triste. Con la socialdemocracia, que funcionó espléndidamente hasta que en los años noventa se alió con el capitalismo financiero, la igualdad también fue la proa del estado del bienestar. Pero a partir de este casorio infecto agotó su trayectoria. Nos queda la fraternidad: a saber, la colaboración creativa entre iguales diferentes y corresponsables. Nos queda el anarquismo positivo y dialogante para lo común otro. Fascinante. Lo huelo e intuyo en el ADN de los movimientos sociales actuales para otra política en lo público/común. Aunque la palabra continua siendo tabú.

El magma del anarquismo positivo viene de lejos: del fondo de la cultura mediterránea que siempre se ha opuesto, civilmente – ésta es su diferenciación posicionante – a todas las tiranías.

Tiranías que hoy han cambiado de organización, voz, estilo y métodos. Pero que, inteligentes y astutas, las tenemos bien detectadas desde abajo: desde las plazas en diálogo y el movimiento de las ciudades sur.

La cultura desde el anarquismo positivo para la liberación no es un shock último para la modernidad: la modernidad debe ser repensada y gestionada desde las organizaciones ciudadanas y los propios ciudadanos, que ahora queremos auditar la deuda, liquidar los paraísos fiscales, imponer impuestos proporcionales a las grandes fortunas, lograr que los estafadores financieros y políticos vayan a la prisión después de devolver hasta el último euro, o que las grandes cuestiones las decidamos desde referéndums vinculantes. Nada, pues, de bla bla bla. Reivindicamos la libertad y el coraje de mandar todo esto a paseo, porque ya estamos inventando no sólo respuestas: alternativas menos groseras. El anarquismo positivo pide un paso más: horizontalidad creativa y colaborativa constante. Convivencia-entre-iguales, pues, siempre y con voz especial desde los últimos.

La cultura del anarquismo positivo necesita un lenguaje propositivo, alegre incluso, no constantemente a la contra. Incluso cuando denuncia y constata la arbitrariedad, el sometimiento o la humillación, la creatividad para lo otro debe inundar la propuesta. Siempre somos noticia extraordinariamente gozosa.

No estamos con las élites: estamos con la gente anónima y mayormente acallada. Aunque nos traten de populistas: lo somos. Porque nos va la *vulgaridad* del *populus*, del discreto e imbatible pueblo sabio.

Ayer, al atardecer, en la playa se me manifestó el valor nuclear de la cultura del anarquismo positivo: compromiso, compromiso y compromiso. Frente al espectáculo desde los ochenta, implicación. Compromiso para la colaboración en la creatividad cotidiana liberadora. La liberación transformadora no se regala:

se gana con el compromiso propio y el de una multitud para lo procomún. Hemos perdido, después de décadas de espectáculo y consumismo, el sentido radical de lo que comporta comprometerse: cohesión para romper las componendas actuales, diversísimas, que nos tienen atontados, obnubilados, encerrados, monótonos, desactivados o desencantados. Compromiso con uno y con los otros para la libertad colaborativa que crea situaciones nuevas, no marcadas por lo financiero y lo partidario, las leyes vetustas y las tradiciones obscurantistas, las normas del quedar aparentemente bien y la urbanidad como etiqueta. Ya no más. ¡Lo queremos todo diferente! Por esto lo ponemos todo en crisis. Con algunas patadas en culos infames: no más.

El compromiso para la vida en libertad desde la cooperación creativa centra la causa del anarquismo positivo contemporáneo: está centrado total y absolutamente no en la gente extractiva y sus vasallos voluntariamente ciegos sino en los ciudadanos, en aquellos que dan un paso para convivir en la ciudad activa e interrelacional. Porque anarquismo positivo significa civismo en acción liberadora. Esta es otra afirmación rotunda: el anarquismo positivo facilita el civismo indispensable para codecidir entre iguales diferentes, en un espacio común siempre en creatividad. Facilita un civismo pacífico que opta por los últimos, por la acción dialogante, por la plenitud de la vida, por los pisoteados, por la justicia, por el amor inquebrantable, por la reconciliación y la paz, por el futuro abierto. Va, directo, contra lo tóxico, ¡tanto y tan bien empaquetado!

Y tiene siempre proyectos entre manos: desconfiemos de los eternos teóricos, de los que se suben a la tarima para dictar la lección: la cultura desde el anarquismo positivo es praxis continuada y múltiple: proyectos personales y grupales, colectivos o de ciudades. El anarquismo positivo no está por la utopía final, por la lucha final: ya no. Las cosas se transforman, se liberan, se cambian desde lo concreto, encadenado y sin respiro: proyecto que suma a proyectos, que se estructuran en red, en

telaraña que aborda más y más zonas/vidas liberadas desde el compromiso colaborativo cotidiano.

Siempre la cultura @ se tensa entre *el aún no* pero *ya sí*: ya estamos comprometidos en la liberación, ya estamos en ella, pero todavía necesitamos más compromiso para lograrla en más profundidad y extensión, tal como nos proponemos. Tensión, pues, entre presente y futuro. Tensión entre los cambios imprescindibles y la esperanza de otra vida, ciudad y mundo en advenimiento real. La cultura del anarquismo positivo señala, contundentemente, dónde debemos poner el dedo, el proyecto, el compromiso. Para los que quieren verlo, comprenderlo y actuar. A nadie obliga. El futuro, entonces, jamás es vacío: es cómplice y sin alienación. La cultura del anarquismo propositivo lucha ferozmente contra el nihilismo. Es luz desde la presión y la resistencia creativa.

Quien oiga a través de la experiencia compartida la llamada de la cultura que impulsa el anarquismo positivo seguro que la escucha y se adhiere: opta por un nuevo modo de pensar y de vivir. Porque es experiencia. No rollo. No abstracción. Aporta una nueva actitud vital: reinterpreta la vida personal y común. No tengo miedo a escribir la palabra: quien la degusta se convierte en asociado al anarquismo colectivo. Se implica. Actúa diferentemente. Se entrega a la colaboración creativa para la igualdad, la ecología, la educación no estereotipada y continuada, la vida personal vigorosa, la comunicación directa y sincera, la ciudad como espacio común desde las diferencias, la compra razonada... Y espera transformar el estatus quo, subvirítendolo. Lo hará personalmente y con el movimiento conjunto con muchos otros.

Es importante, en la acción de transformación personal y común, abordar prioritariamente aquellos signos que coartan más la libertad, que oprimen más la igualdad, que desactivan más la democracia. Los que son una carga insoportable y a

menudo repugnante. Identificarlos, comprenderlos para poder actuar significativamente, positivamente, es indispensable.

La cultura @ se dirige a cada ciudadano concreto: lo interpela, lo invita a sumarse al movimiento para la liberación de lo arbitrario, lo absurdo y lo crepuscular. Movimiento que parte siempre de lo local, lo próximo, el barrio, al ciudad, el paisaje o los otros diferentes.

La cultura por la que apostamos nos coloca personal y grupalmente en medio de la ciudad para preguntarnos, radicalmente, qué ciudad queremos, cómo queremos vivir en ella para, desde aquí, actuar positivamente. La cultura desde el anarquismo sugiere, facilita, mantiene, acompaña. Y no es, claro, casuística. Porque jamás es autoritaria. Renueva. No pone peros ni condicionantes. Amplía la vida. Debemos transformar radicalmente casi todo: tenemos mucho trabajo y apasionante.

Sólo comprende la cultura desde el anarquismo positivo liberador aquel que, desde ella, se regenera personalmente. Y comparte esta regeneración para renovar la ciudad para la vida abierta, distinta, nueva, con una conciencia colaborativa y una actitud creativa, orientado totalmente al pensamiento y a la acción que nos facilite avance cívico, humano.

Otra escala de valores, pues. Un viraje. Una postura vital hasta ahora sólo esbozada. Sin coacciones. Sin presiones. Con dignidad. ¿por qué no llamarla felicidad?: proclamémosla sin las cursiladas habituales. La felicidad desde la confraternidad. Tan fácil: tan complicada por el poder del pequeño grupo de poderosos y la multitud de los egoístas mezquinos.

Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, pueden cambiar el mundo. Eduardo Galeano.

Muchos ciudadanos anónimos, en sus pequeños barrios, haciendo cosas pequeñas, pueden cambiar la vida, la ciudad y el mundo. Ya lo hacen.

La cultura desde el anarquismo positivo está al servicio de los ciudadanos: no hay manuales ideológicos, estatutos tipo partido, iglesia o sindicato. Ningún ciudadano debe ser sometido y sacrificado por normas obsoletas. Todo queda abolido si no está hecho o sirve para convivir como ciudadanos cívicos, proactivos, cooperantes. El ciudadano es la medida de todas las cosas. No el dinero. De momento esto es lo importante.

La causa de la cultura desde el anarquismo positivo es el ciudadano: los ciudadanos en acción común, en ciudad transformadora. Los ciudadanos en lugar de la gestión de despacho, los gobiernos partidarios, de los legalismos, del institucionalismo raquíctico, del juridicismo, del dogmatismo ideológico o religioso cerrado. Los ciudadanos son la prioridad: el impulso del civismo alternativo como estilo de vida plural es su resultado.

La cultura desde el anarquismo positivo jamás/jamás es violenta. Insisto. No significa, pero, que sea blanda, dulce, incapaz, mansa, siempre paciente: ofrece resistencia y es combativa. Odia lo acomodado, el trampantojo, la codicia, la mentira, el abuso. Y es áspera con todo ello. Y le estorban todas las jerarquías.

El criterio de la cultura desde el anarquismo positivo es la praxis con sentido liberador y colaborativo. Está con el que está cerca de mi casa, vigorosa y valientemente. Este es su barómetro. Y con el que todavía desconocemos. Y el otro/otro del fin del mundo.

La cultura desde el anarquismo nos invita a asumir el punto de vista del otro, darle lo que nos damos a nosotros, generosamente: está a favor de un concepto que hemos olvidado: el prójimo/próximo sin condiciones. Vivir, pues, entre-los-demás.

Los otros siempre nos llaman para que copracticemos cultura desde el anarquismo positivo en la más ordinaria de las cotidianidades. Próximo es el que nos necesita. Nos reclama. Esta junto a nuestra generosidad. Y estamos implicados desde un comportamiento activo y creador/transformador. Juntos-en-cada-caso, para-cada-situación.

Colabora creativamente y haz lo que quieras.

No pienses en recompensas.

Con la cultura desde el anarquismo positivo movilizemos multitudes para que los liderazgos, las instituciones, las organizaciones dejen de ser las mismas que han sostenido nuestro mundo tan desigual, tan colapsado ecológicamente...

La cultura desde el anarquismo liberador está junto a los últimos, débiles, liquidados, empobrecidos, abandonados. Y jamás, en este su estilo tan de acogida, se piensa como debilidad. Aquí está su fortaleza liberadora. Estemos realmente entre los ciudadanos anónimos, borrosos. Juntos somos fuertes y los insignificantes van primero.

Agosto, verano en plenitud

Los valores económicos no son los valores supremos: llevamos décadas humillados, sordos y mudos. *Nota personal: Walter algunas ideas se repiten: no lo siento porque conforman la*

melodía de fondo que aparece y reaparece insistentemente. Y a menudo las olvidamos, ávidos de novedades.

Antes van la libertad, la colaboración, la confianza, la comunicación, la igualdad, la justicia, la reconciliación, la paz, la cooperación, la responsabilidad, el perdón o la generosidad.

Cultura desde el anarquismo positivo: una oportunidad para el vivir diferente, sin fronteras, en la libertad absoluta y la democracia espléndidamente colaborativa.

Frecuentemente – por no decir constantemente – la cultura desde este anarquismo provoca escándalo ininterrumpido. Porque provoca al sistema: siempre está en contradicción con la estructura vigente. Y nos gusta.

Presenta retos increíbles ante los que cada uno debe posicionarse a conciencia para actuar, para reorientar la propia vida y la de la ciudad común frente a las diferencias injustas y reconocidas, las convenciones abusivas, las barreras sociales, los inmigrantes despreciados, los precios abultados escandalosamente, los partidos prepotentes...

No está jamás con los fuertes, los ricos, los privilegiados, los abusadores, los poderosos enaltecidos: no está con la mafia financiera depredadora y con los partidos que han secuestrado para ellos la democracia, transformándola en representativa/sumisa. Todos a la porra.

Lo que pretende la cultura desde el anarquismo positivo es inaudito. Me mojo más: está furiosamente y con ideas prácticas junto a los que han perdido, en este país, siete veces más poder adquisitivo que los ricos acomodados que, además, han crecido en cantidad. Está con los que están en el abismo de la

desigualdad injusta. Y en este estar grita pacíficamente: aquí debe producirse una (R)evolución. Que, además, mande a casa y a la cárcel a todos los políticos corruptos que son una plaga inmensa y osan presentarse como corderitos: tienen las manos manchadas con dinero público. Están manchas son imborrables: no hay perdón para tales idiotas.

En el cambio generacional que necesita la política urgentemente en nuestro país, la cultura anarquista para la liberación debe estar y facilitar el hacer política de otro modo, desde el pensar y actuar radicalmente diferente, con categorías nuevas. Las del anarquismo positivo lo son. Tengamos claro que la vieja derecha es obsoleta y autoritaria con huevos. Y que la vieja izquierda vendió su alma roja al ultraliberalismo y se la quedó. No necesitamos un *aggiornamento*: necesitamos una ruptura pacífica y profunda. Esta ruptura sólo puede venir desde abajo: desde los ciudadanos movilizados, que están aquí, actuando.

La cultura desde el anarquismo positivo parte del desconsuelo, la obscuridad o el sinsentido del presente, propio de los tiempos en gran transformación. Y, desde aquí, desde la vaciedad y la absurdidad, invita al atrevimiento de la esperanza, desde apuestas concretas y en constelación. Sin recetas. Sin decálogos. Sin dictados. Porque cree en la inteligencia de los ciudadanos fecundada por la fuerza transformadora de las ideas.

La disciplina absoluta de la ley y el orden, de la dictadura y la planificación inhumanas deben ser abolidas desde sus cimientos por humillantes, hirientes, castigantes, violadoras e injustas. La transgresión continuada es la primera respuesta. La alternativa experimentable le sigue. ¡Basta de victimismos: acción directa!

Desde la educación, las artes, la vida cotidiana, los modelos organizativos, las relaciones...

La cultura desde el anarquismo no propone un nuevo orden cerrado: apuesta por un compromiso colaborativo de larga onda, en red de redes, muy diferente, corresponsable. Pensar que es imposible te aleja de la cultura anarquista positiva. La cultura anarquista que necesitamos asocia a los que confían en esta otra edad de lo corresponsable y la espontaneidad sincera innovadoras. Avanzar por estos dos carriles no es tarea fácil: es la apuesta de la cultura vital del anarquismo contemporáneo.

Estemos junto a los políticamente comprometidos con la democracia directa, con los económica y sexualmente explotados, con los que ya no tienen agallas y la pasividad es su nicho vital, los relegados en los márgenes. Estemos con los que desde las artes o la literatura presentan esbozos para superar la marginalidad y lo grotesco. Estemos no por el buenismo: por la confraternidad generosa y liberadora.

La cultura anarquista positiva contagia al ciudadano y la ciudad, liberándolos de la unidimensionalidad que los atenaza y los abre a una dimensión verdaderamente distinta, a una alternativa real con otros valores, ideas, estilos, conductas. Un salto, pues, cualitativo a una nueva conciencia, a una nueva ciudad y mundo en libertad e igualdad. Hay transformación *totaliter et aliter*.

Una norma casera para la situación en desorden actual: piensa y actúa diferente de lo acostumbrado: sé raro radical.

La cultura anarquista murió en la Guerra Civil y la mantuvo en respiración asistida la C.N.T. Intentamos, los de *Ajoblanco* y otros equipos y grupos restaurarla, pero las presiones nos ahogaron. Hoy resucita de nuevo sin nostalgias. Y debemos no sólo darle la

bienvenida: realizarla *ex novo*. Con determinación inteligente. Late en los movimientos sociales. Escuchadlos atentamente. Meteros con furor. Vibrad y aplicad lo que demandan. Sed consecuentes.

Cultura anarquista de nuevo cuño para la plenitud de cada ciudadano, para la nutrición humana de las ciudades, desde nuevas propuestas éticas que esbocen nuevas dimensiones convivenciales decisivas. ¿Por qué? Porque hemos perdido la gallardía de la mañana y nos hemos acostumbrado a la obscuridad de la media noche. Hemos perdido luz, nos damos por vencidos, no nos tenemos suficiente confianza, estamos demasiado resignados y estúpidamente inclinados, sometidos o resentidos. La cultura anarquista positiva propone la cultura del amanecer. ¡Cambia la situación!

La cultura anarquista no es un principio abstracto, una norma general, un sistema conceptual: es experiencia empírica concreta de vida, movilizadora, creativa, concordante. Con color. Con innovación. Con intercomunicación. No es una fórmula.

La cultura anarquista se tangibiliza/visibiliza con ciudadanos que ya viven en la libertad de la colaboración creativa sin fronteras. Es observable. Y puedes sumarte.

Siempre convoca, convive, invita, urge, provoca: suscita el deseo, vivamente, de actuar exigentemente en la vida cotidiana. Hagamos de la cultura anarquista positiva para la liberación algo simple, definitivo, experiencial, particular y universal, radical: una apuesta de alta civilidad otra. ¿A qué esperamos?

Evitemos que sea una senda superficial: es formativa para un ciudadano colaborativo implicado en la creación constante de su vida y de la ciudad común. Sin uniformidad. Hagamos de la

colaboración una invitación, una llamada, una exigencia para un nuevo planteamiento de la vida más auténtica en humanidad no humillada. Exige, todo ello, buscar respuestas a preguntas incómodas que la brutalidad de muchos presentan camufladas desde sus intereses mezquinos. Exige tendencias, intenciones, propuestas hasta ahora sólo intuitas o mínimamente ensayadas: son tiempos de realización plena y con compromiso. Exige estar junto al prójimo solidariamente y especialmente entre los desheredados, entre las estructuras injustas. Exige apostar por causas sinceras. Exige innovaciones rotundas. Exige sentido diferente de horizonte y en la cotidianidad. Exige dignidad, la gran olvidada durante demasiados decenios groseramente mercantilistas y partidarios

Una óptima pregunta: ¿por qué hemos de estar en la cultura del anarquismo liberador? Porque, finalmente, queremos ser ciudadanos y no sólo administrados, usuarios, clientes, obedientes, sometidos... Ciudadanos realmente radicales, compartiendo nuestra ciudadanía constantemente. Vibrantemente.

Iluminados por la ética anarquista/ los ciudadanos transformadan/las ciudades y el mundo actual/desde sus vidas en acción/desde la libertad directa/ en colaboración creativa/adaptada en cada situación/priorizando la igualdad imbatible.

A galope contra el gran tema de las últimas décadas: ¡la sacrosante economía! La cultura, desde el anarquismo como valor civilizante, propone compartir más que poseer: la economía colaborativa, pues, y consumo colaborativo. Es una revolución abrazada a las nuevas tecnologías. Está basada en el

intercambio y el compartir bienes y servicios a través de plataformas electrónicas. El MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusstes, le augura un futuro seguro con 82.000.000 millones de euros. Compartir, prestar o alquilar son verbos con futuro. El *status quo* económico la boicotea. Lógico: es pasado pesado.

¿Cuál es el instrumento preferido por la cultura desde el anarquismo positivo? La educación, la educación y la educación.

¿De verdad no es violento? Aborrece la violencia pero ama apasionadamente la resistencia proactiva en las plazas y calles, los lugares públicos para la democracia directa, real y ciudadana por excelencia: acciones de denuncia, propuestas para la innovación, convocatoria de debates con causa... y toda la imaginación a favor de la dignidad común de los ciudadanos frente a cualquier agresión, autoritarismo, recorte de libertades o abuso. Desde un *no nos moverán y no pasarán* reinventado al que le añadimos: *tenemos ideas para una vida mejor, común y otra*. Y denunciemos con nombres y apellidos a los extractivos contumaces de cualquier mafia y calaña.

El sistema de organización desde la cultura del anarquismo positivo es la red de redes, desde abajo a lo horizontal: el arriba autoritario/jerarquizado queda abolido. El asamblearismo solo discursivo, repetitivo, con decisiones constantemente aplazadas, también. Uno por poder totalizante. El otro, por pasividad paralizante. Las redes conforman una constelación de conversaciones para la acción con diana y fecha.

La cultura desde el anarquismo es para la inteligencia: la capacidad de adaptarse a las circunstancias cambiantes para convertirse siempre en motor para que la libertad y la

colaboración creativas evolucionen: inspiren y logren resultados entre los ciudadanos. Un motor en constante diálogo: aborrece cualquier monólogo.

El poder, que produce constante repelús a la cultura anarquista, ha penetrado en todo el cuerpo ciudadano, lo atraviesa de arriba abajo, determinando cómo trabajar, consumir, pensar o amar. Debemos movilizarnos ante semejante infección: el poder debe desactivar su autoritarismo que, en democracia, todavía se da en la representativa. Y en lo público debemos defender la dignidad del espacio común, que en manos de gobiernos payasos lo privatizan bajo apariencias de mayor eficacia y eficiencia. Son cínicos embaucadores. Y debemos desterrarlo de las relaciones interpersonales: ¡gran tarea constante y anónima!

Opongámonos a la tan cacareada cooperación entre lo público y lo privado: siempre sale perdiendo y debilitado lo público bajo la intocable bandera de los costes menores y la mayor rentabilidad, patrañas de la mitología empresarial de los muchachos de Chicago. Lo público, seamos claros, se somete a los intereses económicos: obsceno. Y optemos por el cogobierno horizontal con todo el sector asociativo y las pequeñas empresas ciudadanas. Y los ciudadanos todos, siempre.

La hegemonía de la esfera económica es el auténtico cáncer destructivo, ya con metástasis tal vez irreparable, a la que la cultura anarquista se enfrenta con un desafío de creatividad colaborativa entre iguales/diferentes.

Estemos junto a los inmigrantes, muy especialmente, para construir una cultura común desde la coexistencia y la fusión de nuestras diferentes culturas: un civismo acordado desde el

diálogo y el pacto para una cultura que supere, en humanidad, la de cada una de las partes.

Setiembre, verano declinante

Una de las cosas importantes, entre otras nucleares, que debe afrontar la cultura desde el anarquismo positivo, como movimiento liberador, es redefinir los problemas rechazando la manera en que se presentan, sólo desde la ideología económica.

El ciudadano o se implica en el movimiento para lo público compartido, que propone ampliamente la cultura desde el anarquismo positivo, o se queda en hombre y mujer.

No aceptemos las limitaciones de la realidad con todas sus imposibilidades impuestas: no aceptemos lo obvio. *Esto es lo que hay que hacer*, insisten repetitivos y autoritarios. Desde aquí, las decisiones para lo público se presentan como pura necesidad... económica. Ya cansa. Lo imposible sucede, si nos lo proponemos.

La pregunta constante en la cultura desde el anarquismo positivo: *¿cómo queremos vivir?* Una pregunta que moviliza el uso público/colaborativo de la razón, tan olvidada. ¡Una pregunta cuya respuesta jamás podemos delegar!

La explotación autoritaria crece porque el sistema capitalista debe renovarse si no quiere entrar en una etapa de mayor colapso: capitalismo extractivo a destajo. Frente a esto, ¿qué? Reinventemos la idea del anarquismo positivo, actualizándolo sin nostalgia alguna. Porque la cultura anarquista sólo existe a través de la actividad presente y futura de los ciudadanos, enamorados y militantes para la libertad transformadora creativa. Es, pues,

presente y futuro: construye, desde la movilización de una multitud, una grieta de esperanza nueva.

La cultura anarquista positiva es heredera de la larga tradición milenaria que ha optado por la libertad y la igualdad con radicalidad. Sabe que en esta gran transformación en la que vivimos aporta otra manera de vivir no jerarquizada. Porque está junto a la libertad para la igualdad, ha potenciado el voluntarismo altruista, la cooperación solidaria, la educación inteligente, la convivencia respetuosa, la ayuda mutua o la creatividad para lo diferente.

Es, en definitiva, una apuesta ética para todos/todas, sin excepción: universal y local. Una ética de rompimiento: una democracia común entre iguales creativos para una nueva vida, con un nuevo vínculo colectivo y desde un civismo corresponsable, horizontal. Una ética para, desde la libertad, optar por la experimentación creativa: un cambio radical y a contracorriente.

No vamos a plegarnos ante la propuesta de una vida biogenerativamente controlada por la tecnología en manos de los monstruos de siempre, ahora exquisitamente virtuales y barnizados de buenismo.

Tenemos que actuar ahora porque las consecuencias de la inactividad serán catastróficas. Tenemos que perder el miedo al andar junto al abismo de lo nuevo. Tenemos que reinventar todo: educación, sanidad, ecología, género, inmigración, democracia, artes... La cultura desde el anarquismo positivo no es apta para los que tienen nervios débiles: deben reforzarlos.

Este anarquismo señala el problema clave de nuestro tiempo: la dominación de unos pocos sobre todos los demás. No toleremos

más que lo común de los todos diferentes continúe siendo abusivamente torpeteado por los poquísimos grandes extractivos mafiosos.

Debemos impulsar una nueva conciencia política más cívica, más radicalmente ciudadana. Debemos alertar sobre la epidemia del endeudarnos porque comporta sometimiento y sumisión. El crecimiento del más y más es una aberración. Debemos conservar salarios dignos para no convertirnos en esclavos de los feudales financieros. Debemos impedir que lo básico para la vida común se convierta en mercancía.

El sistema capitalista patriarcal sólo tiene 500 años y el capitalista devorador 40. Antes vivíamos más en cooperación. ¿Vamos a tolerar que la recuperación económica sólo opte por pasar del paro al precariado? Ni un año más de estropicios.

La cultura del anarquismo positivo está a favor de los gobiernos locales prociudadanos que reinventan el estado del bienestar desde la suma plural de ciudadanos y sus organizaciones. El gobierno es el *primus inter pares*: horizontalidad total. Y concibe el país como una red de pueblos y ciudades coordinados por un gobierno que impulsa cooperación, igualdad, expendeduría. Sin ministerios macro, para poner un ejemplo de inutilidad. Un país de abajo a arriba: tenemos mucho por experimentar.

Estemos presentes en la ciudad, en el país, desde lo que ocurre y no nos gusta, o desde lo que ya funciona y es mejorable de una forma imprevisible, jamás pesimistas, pero con los pies metidos en la mierda. Seamos imprevisiblemente colaborativos e imprevisiblemente creativos.

No puede, la cultura desde el anarquismo positivo, mirar a otro lado, poner componendas y excusas, cuando la calidad de vida

democrática es atacada por los talibanes obtusos de la mafia feudal financiera, abanderada por el liderazgo indecente de gobiernos narcisos, corruptos, con intereses particulares o manipulada por medios de comunicación doctrinarios y bajo la bandera de la libertad de expresión a cualquier precio, o por grupos fundamentalistas variopintos de la propia sociedad civil que, también bajo la excusa de la sagrada libertad y la sagrada seguridad, excluyen opiniones básicamente de los acallados y humiliados, anulan derechos y deberes cívicos, sueñan con erigirse en inquisidores de cualquier verdad única, que siempre sueña con el sometimiento. No se puede ni mirar al lado ni se puede quedar pasivo, sosegado, esperando que amaine. La cultura desde el anarquismo se enfrenta, se presenta en medio del desaguio, la catástrofe, la conspiración, la injusticia. Y transforma.

La cultura del anarquismo positivo no tiene ningún otro propósito que el de vivir plenamente, porque es la misma vida en libertad colaborativa, abierta al futuro. Vivir la vida, pero, en estos tiempos de neoimperio, implica corromperla: vivirla de otra manera, fuera de los asfixiantes dominios del ultraliberalismo financiero y la democracia secuestrada por los partidos. Es siempre propositiva: la cultura desde el anarquismo nos hace desear, pensar, optar, vivir y convivir otra vida, nada chata y apasionadamente abierta, en igualdad. El futuro ya no lo van a escribir los de siempre. Respiremos. ¿Construyámoslo desde la creatividad procomún colaborativa!

La cultura del anarquismo positivo está aquí, especialmente ahora, para impedir que los grandes bancos chapuceros y ocultadores de fortunas y los partidos inmutables nos gobiernen: el gobierno siempre es y puede ser de los ciudadanos. La

regeneración es algo inaplazable. Hagamos de la desobediencia civil – económica y política – una manera de vivir en común, feliz, para diseñarnos otra vida, ciudad y mundo que compartiremos colaborativa y creativamente. No permitamos que los mafiosos, los corruptos y los idiotas se apoderen de la ciudad: abramos sus puertas y oigamos, de nuevo, la voz querida que nos recuerda que esta es nuestra casa común desde todas las diferencias. Entonces jamás anochecerá.

La cultura desde el anarquismo presenta situaciones vitales que hemos de experimentar para descubrirlas, saborearlas y convertirlas en vida: ¡basta de parloteo! La cultura de la liberación te marca, te quema, con el sentido de la ética-en-común inteligente.

Avanza desde ciudadanos bastardos, subversivos, dispuestos a la subversión, al rompimiento, al sobresalto.

Habla con nombres y apellidos sobre lo que ocurre ahora, del por qué estamos aquí y dónde queremos estar y cómo: desde el teatro, el cine, las expos, la danza, la fotografía, el patrimonio, los museos, a literatura...que presentan ideas-en-acción o artes propositivas.

Me voy a la Biennial de Venecia, como cada año. Setiembre queda, pues, cojo. Aquí me despido. Cumplí con gusto y repeticiones. Algunas ideas son mantras a interiorizar: la repetición ayuda. Al final de mes nos veremos. Suerte.

¡Uff! He cumplido. Ha sido un placer, frente al Mediterráneo, escribir una idea cada día antes del desayuno. De algunas estoy especialmente satisfecho. Acostumbran a ser las pensadas en la caminata por la playa, junto al agua, descalzo, al levantarme.

Cuando a finales de setiembre viaje a Madrid para cerrar la expo de *Ajoblanco* quedaré con Walter. Quiero escuchar su opinión en directo. Cumpliremos, pues, lo que acordamos.

Finales de setiembre, post Venecia, en la Barcelona sur

Frente al Mediterráneo que en mi casa de Barcelona diviso a lo lejos, con culturas tan plurales, durante todo el verano me he sentido más y más europeo, pero a la vez más y más mediterráneo: sur, sur y sur. En Venecia me dio por un furor sur manifiesto y excitado. ¿Por qué esta Barcelona que reinventó el anarquismo como educación, cultura y civilidad, es tan poco pro-sur? El anarquismo, en ella, continua encerrado en el cuarto oscuro. Por poco tiempo, espero.

La unión para el Mediterráneo que la Comunidad Europea creó y situó en Barcelona ha sido, de siempre, una lápida de cementerio por la incompetencia de los alcaldes de la ciudad, en primer lugar, que no creen que el futuro de Barcelona esté en el Mediterráneo. Con Pascual Maragall, en estos momentos, existiría una red de ciudades del Mediterráneo, con capital en Barcelona. No lo dudo.

Creo que la cultura del anarquismo positivo para la liberación debe impulsar esta red y, desde ella, poner en marcha un pensamiento sur, inexistente y ausente. El pensamiento y la acción sur, liberadores, saldrán de la red de las ciudades del mediterráneo.

El pensamiento sur debe cuestionar el futuro europeo, planificado con banqueros gordos y ciudadanos precarios, que hemos pagado la deuda de sus bancos. Un proyecto que, en los

altos círculos financieros, pretende dejar en suspenso la democracia, la gran aportación del sur griego, y, después, renacentista italiano con las ciudades estado.

El sur, encantados con formar parte de la comunidad europea, hemos constatado que las expectativas prometidas y soñadas no se cumplen. Y dudamos que lo hagan. La gran crisis sufrida y el insulto de la austeridad impuesta por el norte, capitaneados por una Alemania imperial, ha creado las condiciones para la rebeldía, porque el sur no queremos convertirnos en la zona de la fuerza de trabajo barato, con gobiernos débiles y sumisos. No queremos convertirnos en los territorios para el gran turismo a buenos precios.

Ya no estamos en tiempos para cambios cosméticos. Necesitamos otro pensamiento. Otras ideas. Los que las élites gubernamentales no tienen y parecen no importarles. Optan por estar ciegos y dejar pasar el tiempo. Son rotundamente anticiudadanas.

Debemos no sólo defender el sur: debemos repensarlo desde nuestra plural cultura propia, no importada de Estados Unidos, barata y atontante o impuesta por el Gran Norte, estrictamente y sólo económica. Debemos decir basta al entretenimiento estúpido y al consumismo ciego. Ambos corroen la ética sur: nuestra manera de vivir y convivir. No queremos vivir como administrados, desde una cultura que no tiene a los ciudadanos por centralidad. Peor aún: atropella su dignidad. Reaccionemos antes del fracaso: hagámosla desde la cultura anarquista positiva, tan y tan sur. Hagámoslo antes que crezca la barbarie.

La cultura del anarquismo positivo ha de dar la batalla con firmeza, aportando, movilizando y con valores otros. El

anarquismo positivo es una energía sur, saludable, frente al coro tecnócrata/financiero de Bruselas. Necesitamos cambiar de coro y de melodía para que responda a las preguntas del *para qué, hacia dónde, qué, con quiénes, después qué...* Sólo desde estas preguntas, planteadas ahora desde el sur, empezará un nuevo comienzo imprescindible. Seguramente que la pregunta primera que debemos plantearnos es: *¿qué es el sur y qué queremos que sea?* Responderla nos llevará a transitar por territorios desconocidos. Tenemos que dominar el miedo. Si no queremos, entre otras cosas, que el sur sea extremadamente más pobre y el norte descaradamente más rico.

Debemos, pues, resignificarnos: encontrar un nuevo sentido común para el sur mediterráneo, desde sus múltiples orillas. Un sentido de valor común que aparecerá desde sus ciudades. Desde sus ciudadanos movilizados y hartos de partidos o gobiernos encantados con una democracia insignificante, obedientes al dictado financiero de Bruselas/Alemania. Su cinismo ya no es tolerable. Su frialdad nos congela.

Necesitamos una (r)evolución ética que deje de poner el dinero por encima de los ciudadanos: ha de estar a su servicio para que lo básico común de la vivienda, el trabajo, la cultura, la salud, la educación, la colaboración... para que la dignidad del bienestar sea igualitaria. Una (r)evolución que ya está aquí con los movimientos sociales indignados que, al fin, ya se organizan políticamente para liderar ciudades y países de otra manera. Están transformando la indignación supina, el cabreo, en programa positivo para un cambio sociopolítico profundo, (r)evolucionario. Ya estarán en los gobiernos de muchas ciudades de nuestro país. Porque los ciudadanos ya han cambiado: no más tolerancia a lo injusto y dictado. Y están en el parlamento.

La época del yo, base del estropicio neoliberal reinante, se está transformando en la épica del ciudadano emprendedor colaborativo. El yo es el que se ha endeudado para hacer frente a la educación, a la sanidad, que lo público no facilita suficientemente, pero también para exhibir su cochazo, viviendo en zona VIP, estilo de vida ostentoso. La época del gran yo, del súper-yo, la libertad magnífica solo para comprar y endeudarse, no tiene ningún sentido. Este círculo del yo y el más yo se ha convertido en un círculo infernal. La cultura desactivada de los de izquierda sumisa les dio soporte y, como resultado, se acomodó: estuvo miserablemente a favor del dinero y del enriquecimiento. No fue ni capaz de diferenciar que hay cosas que están – y deben estar – fuera del mercado: la sanidad, la educación, las artes, la ciencia, el transporte público, la vivienda... La vida no es comprable. La cultura desde el anarquismo positivo, que el sur urge, no está en esta izquierda débil y acomodada: la codicia jamás es positiva.

La cultura desde el anarquismo positivo implica a los ciudadanos para que tomen conciencia de que estamos en un fin de ciclo y que sólo saldremos adelante si se implican con una acción de estilo de vida diferente e incesante: es hora que la multitud se auto-organice-con-sentido. Y entre la multitud necesitamos líderes, ciudadanos con alto significado ético que movilicen, despierten. Lo anónimo abstracto es una fantasía imposible. Líderes híper horizontales, colaborativos, para la red de las propuestas y las apuestas. Esta multitud-para-la-liberación es la que escribirá el presente y el futuro desde el sur, uniendo ciudadanos, ciudades y pueblos con dignidad democrática. Debemos repensar el alma del sur: la del igualitarismo radical, la de la libertad radical, la democracia radical, el feminismo radical,

la ecología radical o el intercambio cultural radical para lo común, la de las artes para el sentido de la vida...

Hemos perdido la brújula: vamos a recuperarla para reorientar apuestas programáticas y decisiones radicales que vuelvan a implementar la racionalidad común que debe facilitarnos esperanza emocionada.

La ruina puede y debe evitarse. Y sabemos cómo. Porque sabemos qué hacer. Tenemos creatividad colaborativa para lograrlo. Y la paciencia apasionada porque lo que nos proponemos es de onda larga y profunda: estamos convencidos que necesitamos una democracia anarquista positiva. Estamos en el trayecto. Y estamos dispuestos a volver a fracasar. Pero nada ni nadie detendrá la onda porque es de una humanidad futura imprescindible.

Es, tal vez, la última utopía disponible para la vida, la ciudad y el mundo de otra manera: radicalmente de otra manera.

Así que buena suerte.

Mañana viajo a Madrid y ceno con Walter.

Toni Puig

Segur de Calafell, verano 2014

www.tonipuig.com

Post scriptum

En el verano del 2015 pasa la humillación de Grecia porque su gobierno no canta en el coro neoliberal que Alemania dirige con puño de hierro. Lo del movimiento para la cultura anarquista y sur es ya una urgencia.

Para completar estas notas de verano recomiendo las que escribí en invierno: **No queremos morir como idiotas. Democracia desde los desechados con política para la igualdad colaborativa.**